

## EL BATÁN

Una de las cosas que más me sorprendieron, cuando llegué por primera vez a Calcena, hace ya unos años, fueron los altos y esbeltos chopos que acompañan al río Isuela en su recorrido.

Qué imágenes más bellas, era otoño y predominaban los tonos ocres y rojizos. Pues bien, en una de sus gargantas se encuentra El Batán, con sus cascadas, santos y remansos de agua, un lugar muy apreciado por los vecinos, que generaciones anteriores, por su situación, y características le dieron utilidad. En él se construyó un puente, un molino, y un batán.

El paraje como todo medio natural cambia dependiendo de la estación del año, la luz y el caudal del agua.

El puente, posiblemente construido entorno al siglo XV, en mampostería (piedra irregular) y mortero de cal. El pavimento es de canto rodado, tiene un vano (separación entre apoyos) de 6,50 metros. La altura a la clave del arco es de 6 metros y está abocinado.

La anchura de la calzada en el punto más estrecho es de 2,30 metros, esto permitía el paso de carruajes, lo que supuso en su momento una infraestructura fundamental para la comunicación y el desarrollo de esta zona del Moncayo.

El molino, de propiedad particular, se encuentra en estado de ruina, conserva, las paredes, canales de agua y piedras circulares con las que se molían los cereales.



El batán del que sólo quedan las cuatro bases u apoyos, era una máquina de madera, que se movía con la fuerza de la corriente, girando una rueda de paletas que activaban los mazos y estos golpeaban los tejidos para compactarlos. Aprovechaba la fuerza hidráulica ya que disponía de una pequeña presa y desde ella el agua se conducía por un canal con fuerte pendiente hasta la rueda.

Ahora se habla de patrimonio cultural un término que integraría todas las huellas dejadas por nuestros antepasados, con especial atención por aquellas que forman parte de nuestra memoria colectiva y de nuestra identidad cultural.

La riqueza patrimonial de un pueblo no es sólo el conjunto de manifestaciones artísticas más o menos "bellas". Nuestro patrimonio debería abarcar todos los testimonios humanos que puedan servir para autoafirmar la identidad colectiva, hacernos sentir parte de un pasado común y abrir la esperanza a un futuro también común.

Tanto por su contenido estético como cultural, este patrimonio debe ser mantenido, difundido y transmitido a las generaciones venideras, si puede ser acrecentándolo (como lo han hecho los vecinos de Calcena) con las nuevas aportaciones que pudiera deparar el presente y el futuro.

*Juan Carlos Lorente*